

El Loco

Por

Kahlil Gibran

Freeeditorial 

ME PREGUNTAS CÓMO...

Me preguntas cómo me volví loco. Ocurrió así:

Un día, mucho antes de que nacieran los dioses, desperté de un profundo sueño y descubrí que se habían robado todas mis máscaras, las siete máscaras que había modelado y usado en siete vidas.

Huí sin la máscara por las atestadas calles gritando: “¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Malditos ladrones!”

Hombres y mujeres se reían de mí, y algunos corrieron a sus casas temerosos de mí.

Y cuando llegué a la plaza del mercado, un muchacho de pie sobre el techo de una casa, gritó: “¡Es un loco!”

Alcé la vista para mirarlo y por primera vez el sol besó mi rostro desnudo. Por primera vez el sol besó mi rostro desnudo, y mi alma se inflamó de amor por el sol y ya no deseé más mis máscaras. Como en éxtasis grité “¡Benditos, benditos sean los ladrones que me han robado mis máscaras!”

Así fue como me volví loco.

Y he hallado libertad y salvación en mi locura, la libertad de estar solo y a salvo de ser comprendido, porque aquellos que nos comprenden esclavizan algo nuestro.

DIOS

En tiempos muy antiguos, cuando el primer estremecimiento del lenguaje llegó a mis labios, ascendí a la montaña sagrada y hablé a Dios, diciendo “Señor, yo soy tu esclavo. Tu voluntad oculta es mi ley y te obedeceré eternamente”.

Pero Dios no respondió, y se alejó de mí como si fuera una poderosa tempestad.

Y después de mil años ascendí a la montaña sagrada y, de nuevo, hablé con Dios, diciendo: “Creador, yo soy tu creación. Del barro me formaste y a ti debo cuanto soy”.

Y Dios no respondió, y se alejó como un millar de alas veloces.

Y después de mil años trepé a la montaña sagrada y hablé con Dios otra

vez, diciendo: “Padre, yo soy tu hijo. Con compasión y amor me diste nacimiento, y mediante mi amor y devoción heredaré tu reino”.

Y Dios no respondió, y se esfumó como la niebla que cubre las montañas lejanas.

Y después de mil años trepé a la montaña sagrada y, de nuevo, hablé con Dios, diciendo: “Mi Dios, mi objetivo y mi realización; yo soy tu ayer y tú eres mi mañana. Soy tu raíz en la tierra y tú eres mi flor en el cielo, juntos crecemos ante la faz del sol”.

Entonces Dios se inclinó hacia mí, y murmuró en mis oídos palabras de dulzura; y así como el mar acoge al arroyuelo que corre a su encuentro, así él me acogió.

Y cuando bajé a los valles y planicies allí también estaba Dios.

AMIGO MÍO

Amigo mío, no soy lo que parezco. Mi apariencia no es más que el traje que visto, un traje cuidadosamente tejido que me protege a mí de tu curiosidad, y a ti de mi negligencia.

El yo que hay en mí, amigo mío, habita en la casa del silencio, y en ella vivirá para siempre inadvertido, inaccesible.

No quisiera hacerte creer en lo que digo ni que confiaras en lo que hago, porque mis palabras no son sino tus propios pensamientos transformados en sonido; y mis acciones tus propias esperanzas convertidas en acción.

Cuando tú dices “El viento sopla hacia el Este” yo digo “Sí, sopla hacia el Este”; porque no quisiera hacerte saber que mi mente no medita sobre el viento, sino sobre el mar.

Tú no puedes comprender mis pensamientos marinos, ni yo quisiera hacértelos entender a ti. Preferiría estar solo con el mar.

Cuando es de día para ti, amigo mío, es de noche para mí; sin embargo incluso así, hablo del mediodía que danza sobre las colinas y de la sombra escarlata que se abre paso sigilosamente por el valle; porque tú no puedes oír los cantos de mi oscuridad ni ver mis alas golpear contra los astros. Yo no quisiera dejarte oír ni ver. Preferiría estar a solas con la noche.

Cuando tú asciendes a tu Cielo, yo desciendo a mi Infierno. Incluso entonces tú me llamas a través del infranqueable abismo “Compañero, mi camarada”, y yo te respondo: “Camarada, mi compañero”, porque no quisiera

que viesen mi Infierno. La llama quemaría tus ojos y el humo inflamaría tu nariz. Y amo demasiado mi Infierno como para que tú lo visites. Preferiría estar solo en el Infierno.

Tú amas la Verdad, la Belleza y la Justicia; y yo por ti digo que es bueno y apropiado amar esas cosas. Pero en mi corazón me río de tu amor. Pero no me gustaría que vieras mi risa. Preferiría reírme solo.

Amigo mío, tú eres bueno, cauto y prudente; más aún, eres perfecto, y yo también hablo contigo sabia y cautelosamente. Y, sin embargo, estoy loco. Pero encubro mi locura. Prefiero ser loco solo.

Amigo mío, tú no eres mi amigo, pero ¿cómo hacértelo comprender? Mi camino no es tu camino, sin embargo, caminamos juntos, con las manos unidas.

EL ESPANTAPÁJAROS

Una vez dije a un espantapájaros:

—Debes estar cansado de pasarte la vida en este campo solitario.

Y él me respondió:

—El placer de espantar es algo tan profundo y duradero que jamás me canso.

Después de reflexionar un poco, le dije:

—Es verdad, porque yo también conocí ese gozo.

Y él me respondió:

—Sólo pueden conocerlo aquellos que están rellenos de paja.

Entonces me marché, sin saber si me había elogiado o insultado.

Pasó un año durante el cual el espantapájaros se convirtió en filósofo.

Y cuando volví a pasar cerca de él, vi dos cuervos construyendo un nido debajo de su sombrero.

LAS SONÁMBULAS

En la ciudad donde nací vivían una mujer y su hija. Las dos eran

sonámbulas.

Una noche, mientras el silencio envolvía al mundo, la mujer y la hija, caminando dormidas, se encontraron en su jardín, velado por la niebla.

Habló la madre, y dijo:

—¡Al fin, al fin, mi enemiga! Aquella por quien fue destruida mi juventud, aquella que edificó su vida sobre las ruinas de la mía. ¡Ojalá pudiera matarla!

Habló la hija y dijo:

—¡Oh, mujer odiosa, vieja y egoísta, que se antepone entre mi libertad y yo! ¡Que quisiera transformar mi vida en un eco de su vida ya marchita! ¡Ojalá estuviera muerta!

En ese instante cantó un gallo, y ambas mujeres despertaron.

La madre preguntó:

—¿Eres tú, querida?

Y la hija respondió afectuosamente:

—Sí, madre.

EL PERRO SABIO

Cierto día un perro sabio pasó cerca de un grupo de gatos.

Al aproximarse y ver que estaban muy entretenidos y no se habían dado cuenta de su presencia, se detuvo.

En ese momento un gato grande y serio se levantó, miró a los demás, y dijo:

—Orad, hermanos; y cuando hayáis rezado y vuelto a rezar, ya no tengáis dudas, entonces, en verdad, lloverán ratas.

El perro, al oír estas palabras, se rio en su corazón y se alejó diciendo:

—¡Ah, gatos ciegos y locos! ¿Acaso no está escrito y no lo he sabido yo y mis antepasados antes de mí, que lo que llueve a fuerza de oraciones, fe y súplicas, no son ratas sino huesos?

LOS DOS EREMITAS

En una solitaria montaña vivían dos eremitas que adoraban a Dios y se amaban el uno al otro.

Los eremitas tenían una escudilla de barro, única cosa que poseían.

Un día, un mal espíritu entró en el corazón del más viejo, que acercándose al más joven le dijo:

—Hace ya mucho tiempo que vivimos juntos. Ha llegado la hora de separarnos. Dividamos nuestros bienes.

Entonces el menor de los eremitas se entristeció, y dijo:

—Me duele, hermano, que me abandones. Pero si tienes necesidad de partir, así sea.

Y trajo la escudilla de barro y se la entregó, diciendo:

—No podemos dividirla, hermano, quédate tú con ella.

Entonces el ermitaño más viejo replicó:

—No quiero caridad. No me llevaré nada que no sea mío. La escudilla debe ser dividida.

Y el más joven dijo:

—Si partimos la escudilla, ¿de qué nos servirá después a ti o a mí? Si estás de acuerdo, podríamos sortearla.

Pero el viejo eremita insistió:

—No quiero sino justicia y lo que me pertenece y no voy a confiar la justicia y lo que me pertenece a la caprichosa suerte. La escudilla debe ser dividida.

Entonces, el eremita más joven no pudo ya seguir argumentando y dijo:

—Si es tu voluntad y eso es lo que deseas, quebraremos la escudilla.

El rostro del eremita más viejo se fue oscureciendo cada vez más, y gritó:

—¡Maldito cobarde, no quieres reñir!

DAR Y RECIBIR

Había una vez un hombre que poseía un valle lleno de agujas. Un día la madre de Jesús se acercó a él para decirle:

—Amigo, la túnica de mi hijo está desgarrada y es preciso que se la

remiende antes de que él vaya al templo. ¿Puedes darme una aguja?

Y el hombre no le dio la aguja, sino un erudito discurso sobre el Dar y el Recibir, para que ella se lo enseñara a su hijo antes de que él fuera al templo.

LOS SIETE YO

En la hora más tranquila de la noche, cuando estaba ya medio dormido, mis siete YO se sentaron a conversar en voz baja.

PRIMER YO: Aquí, en este loco, he vivido todos estos años sin tener otra cosa que hacer sino renovar su dolor durante el día y recrear su tristeza por la noche. No puedo soportar más tiempo mi destino y me rebelaré.

SEGUNDO YO: Tu suerte es mejor que la mía, hermano, porque a mí se me asignó ser el YO alegre de este loco. Yo río su risa y canto sus horas felices, y con pies tres veces alados danzo sus más luminosos pensamientos. Soy yo quien debe rebelarse contra una existencia tan fatigosa.

TERCER YO: ¿Y qué tendría que decir yo, entonces, YO amoroso, encargado de la antorcha ardiente de pasiones salvajes y fantásticos deseos? Soy yo, el YO enfermo de amor, quien se rebela contra este loco.

CUARTO YO: Entre todos vosotros, yo soy el más desdichado, porque nada me fue dado sino el abominable odio y destructivo rencor. Soy yo, el YO tempestuoso, el único nacido en las negras cavernas del Infierno, quien debería protestar de tener que seguir al servicio de un loco.

QUINTO YO: No. Soy yo, el YO pensante, el YO imaginativo, el YO hambriento y sediento, el único condenado a vagar sin descanso en busca de cosas desconocidas y de cosas todavía no creadas. Soy yo y no vosotros el que debe rebelarse.

SEXTO YO: ¿Y yo? Soy el YO trabajador, el insignificante obrero que con sus manos pacientes y sus ojos anhelantes transforma los días en imágenes y da a los elementos amorfos formas nuevas y eternas. Soy YO, el solitario quien debe rebelarse contra este inquieto loco.

SÉPTIMO YO: Qué extraño es que todos queráis rebelaros contra este hombre por tener cada uno de vosotros un destino determinado que cumplir. ¡Ah, ojalá fuera yo como uno de vosotros y tuviera también un YO con un determinado destino! Pero no tengo ninguno, soy el YO sin ocupación, el que se sienta en silencio, vacío de Tiempo y espacio, mientras vosotros estáis ocupados recreando la vida. ¿Sois vosotros o yo, compañeros, quien debe rebelarse?

Cuando el séptimo YO hubo hablado, los otros seis lo miraron apenados, pero no dijeron nada. Y cuando la noche se hizo más profunda uno tras otro se fueron a dormir arropados en una nueva y satisfecha sumisión.

Pero el séptimo YO permaneció despierto, mirando la nada que está detrás de todas las cosas.

GUERRA

Una noche hubo una fiesta en palacio, y fue un hombre y se prosternó ante el príncipe. Todos los invitados lo miraron y vieron que le faltaba uno de los ojos y que la cuenca vacía sangraba.

El príncipe le preguntó:

—¿Qué te ha sucedido?

Y el hombre respondió:

—Oh príncipe, soy un ladrón profesional y esta noche, al ver que no había luna, fui a robar a la casa del cambista. Cuando entraba por la ventana, me equivoqué y entré en el taller del tejedor. En la oscuridad tropecé con el telar, que me arrancó el ojo. Y ahora, oh príncipe, vengo a pedir justicia contra el tejedor.

Entonces, el príncipe mandó llamar al tejedor, y cuando lo tuvo delante ordenó que le arrancasen uno de sus ojos.

—Oh príncipe —dijo el tejedor—, tu orden ha sido justa. Está bien que me hayas hecho arrancar uno de los ojos, pero, desgraciadamente, mis dos ojos me eran necesarios para poder ver la tela que tejo. Tengo un vecino que es zapatero remendón y posee también dos ojos, y para su oficio no necesita los dos ojos.

Entonces el príncipe mandó llamar al zapatero. Y cuando se presentó ante él le fue arrancado un ojo.

Y así se hizo justicia.

LA ZORRA

Una zorra miró su sombra al amanecer, y dijo:

—Hoy preciso todo un camello para almorzar.

Y pasó toda la mañana buscando camellos. Pero al mediodía volvió ver su sombra, y dijo:

—Con un ratón me bastará.

EL REY SABIO

Había una vez un rey sabio y poderoso que gobernaba en la remota ciudad de Wirani. Y era temido por su poder y amado por su sabiduría.

En el corazón de aquella ciudad había un pozo cuya agua era fresca y cristalina, y de ella bebían todos los habitantes, incluso el rey y sus cortesanos, porque en Wirani no había otro pozo.

Una noche, mientras todos dormían, una bruja entró en la ciudad y derramó siete gotas de un extraño líquido en el pozo, y dijo:

—De ahora en adelante, todo el que beba de esta agua se volverá loco.

A la mañana siguiente, salvo el rey y su gran chambelán, todos los habitantes bebieron el agua del pozo y enloquecieron, tal y como había predicho la bruja.

Y durante aquel día, todas las gentes no hacían sino susurrar el uno al otro en las calles estrechas y en las plazas públicas:

—El rey está loco. Nuestro rey y su gran chambelán han perdido la razón. Naturalmente, no podemos ser gobernados por un rey loco. Es preciso destronarlo.

Aquella noche, el rey ordenó que le llenasen un vaso de oro con agua del pozo. Y cuando se lo trajeron, bebió copiosamente y dio de beber a su gran chambelán.

Y hubo un gran regocijo en aquella remota ciudad de Wirani, porque el rey y su gran chambelán habían recobrado la razón.

AMBICIÓN

Tres hombres se reunieron junto a la mesa de una taberna. Uno era tejedor; el segundo carpintero, y el tercero era un peón.

Dijo el tejedor:

—Hoy vendí una fina mortaja de lino por dos piezas de oro. Bebamos todo el vino que queramos.

—Y yo —dijo el carpintero— he vendido mi mejor ataúd. Comamos un gran asado con el vino.

—Yo sólo he cavado una fosa —dijo el peón—, pero mi patrón me pagó el doble. Comamos también pasteles de miel.

Y toda aquella noche la taberna estuvo llena de animación, porque pedían constantemente vino, carne, y pasteles de miel. Y estaban muy contentos.

El tabernero se frotaba las manos y sonreía a su mujer, ya que sus huéspedes gastaban sin limitaciones.

Cuando los hombres salieron de la taberna, la luna brillaba espléndida en el cielo y caminaron por la calle cantando y gritando.

El tabernero y su mujer, de pie en la puerta de la taberna, los miraban alejarse.

—¡Ah! —exclamó la mujer—, ¡qué grandes señores! ¡Tan generosos y tan alegres! Si así fuera nuestra suerte siempre, entonces nuestro hijo no necesitaría ser tabernero y trabajar tan duro. Podríamos educarlo para que llegara a ser sacerdote.

EL NUEVO PLACER

Anoche inventé un nuevo placer, y cuando lo estaba experimentando por primera vez, un ángel y un demonio llegaron corriendo a mi casa.

Se encontraron en mi puerta y se pusieron a reñir acerca de mi recién inventado placer.

El uno gritaba:

—¡Es un pecado!

Y el otro protestaba:

—¡Es una virtud!

EL OTRO IDIOMA

Tres días después de mi nacimiento, cuando estaba en mi cuna de seda

contemplando asombrado el nuevo mundo a mi alrededor, mi madre habló con la nodriza para preguntarle:

—¿Cómo está mi hijo?

Y la nodriza respondió:

—Está bien, señora. Lo amamanté tres veces y nunca antes había visto un niño de su edad que estuviera tan contento.

Indignado, grité:

—¡No es verdad, madre! Mi cama es dura, y la leche que he mamado sabe amarga a mi paladar, y el olor del pecho repugna mi olfato, y me siento muy desdichado.

Pero mi madre no comprendió —y la nodriza tampoco—, porque el idioma que yo hablaba era el del mundo del cual yo provenía.

Y al vigésimo primer día de mi vida, cuando me estaban bautizando, el sacerdote dijo a mi madre:

—Naturalmente debe sentirse usted muy dichosa de que su hijo haya nacido cristiano.

Sorprendido, dije al sacerdote:

—Entonces su madre que está en el cielo debe sentirse muy desdichada, porque usted no nació cristiano.

Pero el sacerdote tampoco entendió mi lenguaje.

Y pasadas siete lunas, un adivino me miró un día y dijo a mi madre:

—Su hijo será un estadista y un gran líder.

Mas yo grité:

—¡Ésa es una falsa profecía, porque yo seré músico y nada más que músico!

Pero a pesar de mi edad todavía no se comprendía mi idioma, y fue grande mi espanto.

Han transcurrido treinta y tres años, durante los cuales murieron mi madre, la nodriza, y el sacerdote, pero el adivino todavía vive. Lo encontré ayer junto a la puerta del templo; y mientras conversábamos me dijo:

—Yo siempre supe que llegarías a ser un gran músico. Incluso en tu infancia profeticé y predije tu futuro.

Y le creí, porque ahora también yo he olvidado el idioma de aquel otro mundo.

LA GRANADA

Una vez viví en el corazón de una granada y escuché a un grano decir:

—Algún día llegaré a ser un árbol, y el viento cantará entre mis ramas, y el sol danzará sobre mis hojas. Seré fuerte y hermoso durante todas las estaciones.

Entonces otro grano habló y dijo:

—Cuando yo era tan joven como tú, también tenía esa clase de sueños; pero ahora que comprendo el valor de las cosas, me doy cuenta de que mis aspiraciones eran vanas.

Y un tercer grano también habló:

—Nada veo en nosotros que prometa un futuro tan espléndido.

Y un cuarto dijo:

—¡Qué inútil sería nuestra vida si no tuviéramos un porvenir mejor!

Dijo un quinto:

—¿Para qué discutir sobre lo que seremos si aún no sabemos lo que somos?

Y un sexto replicó:

—Aunque no sepamos lo que ahora somos, siempre seguiremos siendo lo que ahora somos.

Y un séptimo dijo:

—Tengo una idea muy clara de cómo será todo, pero no logro expresarla en palabras.

Luego hablaron un octavo, un noveno, y un décimo, y muchos otros, y cuando hablaban ya a un mismo tiempo todos, entonces no pude comprender nada de lo que decían en medio de tantas voces.

Por eso, aquel mismo día me trasladé al corazón de un membrillo, en donde los granos son pocos y casi silenciosos.

LAS DOS JAULAS

En el jardín de mi padre hay dos jaulas. En una vive un león que los esclavos de mi padre trajeron del desierto de Nínive; en la otra, un gorrión que no canta.

Todos los días al amanecer, el gorrión saluda al león diciendo: “Que tengas buenos días, hermano prisionero”.

LAS TRES HORMIGAS

Tres hormigas se encontraron sobre la nariz de un hombre que dormía al sol. Después de haberse saludado de acuerdo a las costumbres de la tribu de cada una, se pusieron a conversar.

La primera hormiga dijo:

—Estas colinas y llanuras son las más áridas que he conocido en mi vida. Pasé todo el día buscando un grano de cualquier clase y no he encontrado nada.

Dijo la segunda:

—Yo tampoco he encontrado nada, a pesar de haber recorrido cuanto páramo y escondrijo existen. Creo que ésta es la tierra que mi pueblo llama blanda y movediza donde no crece nada.

Entonces, la tercera hormiga alzó su cabeza y dijo:

—Amigas mías; estamos en este momento sobre la nariz de la Hormiga Suprema, la poderosa e infinita Hormiga, cuyo cuerpo es tan grande que no podemos verlo, cuya sombra es tan vasta que no podemos abarcarla, cuya voz es tan potente que no podemos oírla. Y Ella es omnipresente.

Cuando la tercera hormiga terminó de hablar, las otras se miraron y echaron a reír.

En ese momento, el hombre se movió y en su sueño alzó la mano, se rascó la nariz, y aplastó a las tres hormigas.

EL SEPULTURERO

Una vez, cuando estaba sepultando a mis YO muertos, se me acercó a mí el sepulturero y me dijo:

—De todos los que vienen aquí a sepultar, tú eres el único al que amo.

Le dije:

—Tus palabras me regocijan, pero dime, por favor, ¿por qué me amas?

—Porque todos llegan llorando y se marchan llorando. Y tú eres el único que llega riendo y se marcha riendo.

SOBRE LAS GRADAS DEL TEMPLO

Ayer por la tarde, sobre las gradas de mármol del Templo, vi a una mujer sentada entre dos hombres. Una de sus mejillas estaba pálida y la otra sonrojada.

LA CIUDAD SANTA

En mi juventud me contaron que había una ciudad en la que todos vivían conforme a la Escritura.

Y me dije: “Buscaré esa ciudad y la bendición que hay en ella”. Pero quedaba muy lejos e hice grandes provisiones para el viaje. Y después de cuarenta días contemplé la ciudad, y cuarenta y un días después de mi partida entré en ella.

Mas, ¡ay!, todos los habitantes sólo tenían un ojo y una mano. Quedé asombrado, y me dije: “¿Será acaso que para vivir en esta ciudad es preciso tener un solo ojo y una sola mano?”

Entonces vi que ellos también se asombraban de que yo tuviera dos manos y mis dos ojos. Y al ver que hablaban entre sí, los interrogué, diciendo:

—¿Es ésta realmente la Ciudad Santa, donde todos viven conforme a las Escrituras?

Y ellos me respondieron:

—Sí, ésta es la ciudad.

Pregunté:

—¿Y qué os ha sucedido, dónde están vuestros ojos derechos y vuestras manos derechas?

Quedaron perplejos ante mi ignorancia, y me dijeron:

—Ven y mira.

Y me llevaron al templo, en el centro de la ciudad, y en el templo vi montón de manos y ojos, todos apergaminados. Pregunté:

—¿Qué conquistador ha cometido esta crueldad con vosotros?

Hubo un murmullo entre ellos. Y uno de los más viejos se adelantó y me dijo:

—Nosotros mismos lo hemos hecho. Dios nos hizo vencer el mal que había en nosotros.

Y me condujo a un altar elevado, y todo el pueblo nos siguió. Y me enseñó una inscripción grabada encima del altar, y yo leí:

Si tu ojo derecho te induce al pecado, arráncalo lejos de ti; porque es mejor para ti que uno de tus miembros perezca antes de que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te induce a pecar, córtala y arrójala lejos de ti; porque es preferible que perezca uno de tus miembros antes de que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

Entonces comprendí. Me di la vuelta hacia el pueblo y exclamé:

—¿No hay entre vosotros un varón o una mujer que tenga dos ojos y dos manos?

Y me respondieron diciendo:

—No. Ninguno. No hay nadie entero, salvo los que aún son muy pequeños para poder leer las Escrituras y comprender sus mandamientos.

Y cuando salimos del templo, me apresuré a dejar la Ciudad Santa; porque ya no era joven y podía leer las Escrituras.

EL DIOS DEL BIEN Y EL DIOS DEL MAL

El Dios del Bien y el Dios del Mal se encontraron en la cumbre de una montaña.

El Dios del Bien dijo:

—Buenos días, hermano.

El Dios del Mal no respondió.

Y el Dios del Bien añadió:

—Hoy estás de mal humor.

—Sí —replicó el Dios del Mal—, porque últimamente me han confundido

muchas veces contigo, llamándome por tu nombre, tratándome como si yo fuera tú, y eso no me agrada.

Y el Dios del Bien dijo:

—Pero también a mí me han confundido contigo y me han llamado por tu nombre.

El Dios del Mal se alejó, maldiciendo la estupidez humana.

DERROTA

Derrota, mi Derrota, mi soledad y mi aislamiento.

Eres para mí más querida que un millar de triunfos,
y más dulce a mi corazón que toda la gloria del mundo.

Derrota, mi Derrota, mi conocimiento de mí mismo y mi desafío;
por ti sé que aún soy joven y de pies ligeros,
y desdeñoso de los laureles que se marchitan.

Y en ti encontré la soledad,
y la alegría de ser ignorado y despreciado.

Derrota, mi Derrota, mi espada brillante y mi escudo;
en tus ojos he leído que ser entronizado es ser esclavizado,
y ser comprendido es ser rebajado,
y ser entendido significa alcanzar la plenitud,
y como un fruto maduro, caer y ser devorado.

Derrota, mi Derrota, mi audaz compañera,
tú escucharás mis cantos, mis gritos y silencios,
y nadie sino tú me hablará de batir las alas,
y de la agitación de los mares,
y de las montañas que arden de noche,
y sólo tú escalarás las rocas y peñascos de mi alma.

Derrota, mi Derrota, valor que nunca muere;
tú y yo iremos juntos en la tempestad,

y juntos cavaremos las tumbas para todo lo que muere en nosotros,
y permaneceremos de pie al sol con una voluntad indomable.
Y seremos peligrosos.

LA NOCHE Y YO

—Soy como tú, oh Noche: oscuro y desnudo. Sigo por el camino en llamas que está sobre mis sueños y cada vez que mi pie toca la tierra, brota allí un roble gigantesco.

—No, tú no eres como yo, oh Loco, porque aún miras hacia atrás para medir la huella que dejaste en la arena.

—Soy como tú, oh Noche: silencioso y profundo. Y en el corazón de mi soledad hay una diosa que está dando a luz un hijo, y en él se tocan el Cielo y el Infierno.

—No tú no eres como yo, oh Loco, porque aún te estremeces ante el dolor, y la canción del abismo te espanta.

—Soy como tú, oh Noche: salvaje y terrible; porque mis oídos están llenos de los gritos de naciones conquistadas y de suspiros de tierras olvidadas.

—No, tú no eres como yo, oh Loco, porque aún tomas a tu pequeño Yo por compañero y no logras ser amigo de tu Yo gigantesco.

—Soy como tú, oh Noche: cruel y temible; porque mi pecho está iluminado por navíos en llamas, y mis labios están húmedos con la sangre de guerreros asesinados.

—No, tú no eres como yo, oh Loco, porque aún tienes deseos de tu alma gemela, y no te has convertido en la única ley para ti mismo.

—Soy como tú, oh Noche: jovial y alegre; porque aquel que duerme bajo mi sombra está borracho con vino virgen, y aquella que me sigue peca alegremente.

—No, tú no eres como yo, oh Loco, porque tu alma está envuelta en el velo de los siete dobleces, y no llevas tu corazón sujeto en tu mano.

—Soy como tú, oh Noche: paciente y apasionado; porque en mi pecho, mil amantes muertos están sepultados en mortajas de besos marchitos.

—¿Eres, Loco, de verdad como yo? ¿Eres como yo? ¿Puedes cabalgar en la tempestad como si fueras un corcel y empuñar como espada al relámpago?

—Como tú, oh Noche, como tú, soy alto y poderoso. Y mi trono está edificado sobre montones de dioses caídos, y ante mí también pasan los días para besar el borde de mi vestido, pero jamás para mirarme a la cara.

—¿Eres como yo, hijo de mi más oscuro corazón? ¿Y piensas mis pensamientos indómitos y hablas mi cósmico lenguaje?

—Sí, somos gemelos, oh Noche, porque tú revelas el espacio y yo revelo mi alma.

ROSTROS

He visto un rostro con mil semblantes, y un rostro que no era sino un solo semblante, como si estuviera en un molde. He visto un rostro cuyo resplandor no ocultaba su fealdad interior, y un rostro cuyo resplandor escondía una belleza espléndida. He visto un rostro viejo con arrugas inexpresivas, y un rostro terso en el que todas las cosas habían dejado huella. Conozco los rostros porque miro a través de la tela que mis propios ojos tejen, y busco la realidad que hay debajo.

EL OCÉANO MAYOR

Mi alma y yo fuimos a bañarnos al mar grande. Y cuando llegamos a la playa, buscamos un lugar escondido y solitario. Mientras caminábamos vimos a un hombre sentado en una piedra gris. Sacaba de un saco pizcas de sal para arrojarlas al mar.

—Es un pesimista —dijo mi alma—. Abandonemos este lugar. No podemos bañarnos aquí.

Y caminamos hasta llegar a una ensenada. Allí vimos a un hombre de pie sobre una roca blanca. Tenía en la mano un cofre incrustado de piedras preciosas, del que sacaba trozos de azúcar para arrojarlos al mar.

—Es un optimista —dijo mi alma—. Él tampoco debe contemplar nuestros cuerpos desnudos.

Seguimos adelante. Y en la playa vimos a un hombre que recogía peces muertos y amorosamente los devolvía al agua.

—No podemos bañarnos delante de él —dijo mi alma—. Es un filántropo.

Y seguimos adelante. Entonces llegamos a un lugar donde vimos a un hombre dibujando su sombra en la arena. Grandes olas venían y borraban el dibujo. Pero él volvía a empezar una y otra vez.

—Es un místico —dijo mi alma—. Dejémosle.

Y seguimos hasta una caleta, donde vimos un hombre que recogía espuma y la depositaba en una copa de alabastro.

—Es un idealista —dijo mi alma—. Ciertamente que tampoco debe ver nuestra desnudez.

Y caminamos. De pronto oímos una voz que gritaba:

—¡Éste es el mar! ¡Éste es el profundo mar! ¡Éste es el vasto y poderoso mar!

Y cuando llegamos allí, vimos a un hombre con la espalda vuelta al mar, que tenía una caracola puesta en el oído para escuchar su murmullo. Mi alma dijo:

—Sigamos: Éste es un realista que da la espalda a todo lo que no puede aprehender, y se conforma con un fragmento.

Y seguimos adelante. Entre las rocas había un hombre con la cabeza enterrada en la arena. Y dije a mi alma:

—Podemos bañarnos aquí porque él no puede vernos.

—No —dijo mi alma—. Éste es el peor de todos. Es un puritano.

Entonces una gran tristeza cubrió el rostro de mi alma y se apoderó de su voz.

—Marchémonos de aquí —me dijo—, porque no hay un solo lugar escondido y solitario donde bañarnos. No quiero que este viento desordene mi cabellera dorada, ni deseo enseñar mi blanco pecho a este aire, ni permitir que la luz descubra mi desnudez sagrada.

Entonces abandonamos aquel mar para buscar el Océano Mayor.

CRUCIFICADO

Grité a los hombres:

—¡Quiero ser crucificado!

Y ellos dijeron:

—¿Por qué ha de caer tu sangre sobre nuestras cabezas?

Y respondí:

—¿De qué otra manera seréis glorificados si no crucificáis a los locos?

Comprendieron y fui crucificado. Y la crucifixión me calmó.

Y cuando estaba suspendido entre la tierra y el cielo alzaron sus cabezas para mirarme, y se llenaron de gozo, porque nunca antes habían usado la cabeza. Pero mientras me observaban, uno de ellos preguntó:

—¿Qué intentas expiar?

Y otro gritó:

—¿Por qué causa te sacrificas?

Y un tercero dijo:

—¿Piensas comprar a semejante precio la gloria del mundo?

Entonces un cuarto dijo:

—¡Mirad cómo sonrío! ¿Puede perdonarse un dolor así?

Y a todos respondí:

—Recordad tan sólo que sonreí. Nada expío, por nada me sacrifico, no deseo gloria y nada tengo que perdonar. Tenía sed y os pedí que me dieseis mi sangre para beberla, porque ¿qué otra cosa puede apagar la sed de un loco sino su propia sangre? Yo estaba mudo y os pedí que me hicieseis heridas que me sirvieran de bocas. Estaba prisionero de vuestros días y de vuestras noches y busqué una puerta para días y noches mejores. Y ahora me voy tal y como otros crucificados se han ido. Y no penséis que estamos cansados de crucifixiones. Es preciso que haya crucificados por hombres mejores, en tierras mejores y en mejores cielos.

EL ASTRÓNOMO

A la sombra de un templo, mi amigo y yo vimos un ciego sentado solo. Mi amigo dijo:

—Mira ahí al hombre más sabio de nuestro país.

Dejé a mi amigo y me aproximé al ciego, lo saludé y conversamos. Después de un tiempo le dije:

—Perdona mi pregunta, pero ¿desde cuándo eres ciego?

Respondió:

—Desde mi nacimiento.

Dije:

—¿Qué sendero has recorrido para llegar a la sabiduría?

Me respondió:

—Soy astrónomo. —Puso la mano en el pecho y agregó—: Observo todos esos soles, y lunas y estrellas.

NOSTALGIA

Estoy sentado aquí, entre mi hermano el monte y mi hermana la mar.

Los tres somos uno en soledad, y el amor que nos une es profundo y fuerte y extraño. En verdad es más profundo que la profundidad de mi hermana, y más fuerte que la fuerza de mi hermano, y más extraño que la extrañeza de mi locura.

Siglos tras siglos han transcurrido desde que la primera aurora cenicienta nos permitió vernos el uno al otro. Y aunque hemos visto el nacimiento y el desarrollo de la muerte de muchos mundos, todavía somos ávidos y jóvenes.

Somos jóvenes y ávidos, sin embargo, no tenemos compañía y nadie nos visita; y aunque yacemos siempre casi abrazados, nos sentimos desconsolados. ¿Qué consuelo puede haber para el deseo contenido y la pasión reprimida? ¿De dónde vendrá el ardiente Dios para calentar el lecho de mi hermana? ¿Y qué torrente apagará el fuego de mi hermano? ¿Y quién es la mujer que gobernará en mi corazón?

En el silencio de la noche, mi hermana murmura en sueños el nombre desconocido del flamígero dios, y mi hermano llama a lo lejos a lo fría y distante diosa. Pero a quién llamar en mi sueño, no lo sé.

Estoy sentado aquí, entre mi hermano el monte y mi hermana la mar. Los tres somos uno en soledad, y el amor que nos une es profundo y fuerte y extraño.

UNA BRIZNA DE HIERBA

Una brizna de hierba dijo a una hoja caída de un árbol en otoño:

—¡Cuánto ruido haces al caer! Espantas todos mis sueños de invierno.

La hoja replicó indignada:

—¡Tú, nacida en lo bajo y habitante de lo bajo, eres insignificante e incapaz de cantar! ¡Tú, no vives en las alturas y no puedes reconocer el sonido de una canción!

La hoja de otoño cayó en tierra, y se durmió. Y cuando llegó la primavera, despertó nuevamente de su sueño y era una brizna de hierba.

Y cuando llegó el otoño, y fue presa de su sueño invernal, flotando en el aire empezaron a caerle las hojas encima. Murmuró para sí misma:

—¡Oh, estas hojas de otoño! ¡Hacen tanto ruido! Espantan todos mis sueños de invierno.

EL OJO

Dijo el Ojo un día:

—Veo más allá de estos valles una montaña velada por niebla azul. ¿Verdad que es hermosa?

El Oído se puso a escuchar, y después de haber escuchado atentamente durante un tiempo dijo:

—Pero ¿dónde está esa montaña? ¡Yo no la oigo!

Entonces habló la Mano, y dijo:

—En vano trato de palparla o tocarla; no encuentro montaña alguna.

La Nariz dijo:

—No hay ninguna montaña. No puedo olerla.

Entonces el Ojo se volvió hacia otro lado, y todos comenzaron a discutir la extraña alucinación del Ojo. Y decían:

—A este Ojo debe de pasarle algo.

LOS DOS SABIOS

En la antigua ciudad de Afkar vivían dos sabios. Cada uno odiaba y despreciaba la sabiduría del otro, porque uno de ellos negaba la existencia de

los dioses, y el otro era creyente.

Los dos se encontraron un día en la plaza pública en medio de sus discípulos, y comenzaron a disputar y argumentar sobre la existencia o inexistencia de los dioses. Después de horas y más horas de discusión, se separaron.

Aquella noche, el incrédulo fue al templo y se postró ante el altar para implorar perdón a los dioses por sus errores pasados.

A la misma hora, el otro sabio, el defensor de los dioses, quemó sus libros sagrados porque había abrazado el ateísmo.

CUANDO NACIÓ MI TRISTEZA

Cuando nació mi Tristeza la críe con cariño y la cuidé con amorosa ternura.

Y mi Tristeza creció como todas las cosas vivientes: fuerte y bella y llena de delicias sorprendentes.

Y nos amábamos el uno al otro, mi Tristeza y Yo, y amábamos al mundo que nos rodeaba, porque la Tristeza tenía un corazón bondadoso, y el mío era bondadoso con la Tristeza.

Y cuando conversábamos, mi Tristeza y yo, nuestros días eran alados y nuestras noches estaban enmarcadas de ensueños, porque la Tristeza tenía una lengua elocuente, y la mía era elocuente con la Tristeza.

Y cuando cantábamos juntos, mi Tristeza y yo, nuestros vecinos se sentaban en las ventanas para escuchar, porque nuestras canciones eran tan profundas como el mar y nuestras melodías estaban llenas de extrañas remembranzas.

Y cuando caminábamos juntos, mi Tristeza y yo, la gente nos miraba con ojos tiernos y murmuraba palabras de inexpresable dulzura. Y había quienes nos miraban con una indisimulada envidia, porque la Tristeza era una cosa noble, y yo estaba orgulloso con la Tristeza.

Pero murió mi Tristeza, como todas las cosas vivientes; y ya solo, me entregué al estudio y la meditación.

Y ahora, cuando hablo, mis palabras resuenan pesadas en mis oídos.

Y cuando canto, mis vecinos no vienen a escuchar mis canciones.

Y cuando camino por las calles, nadie me mira.

Sólo en mi sueño oigo voces que dicen con pena: “Mirad, ahí está el hombre cuya Tristeza ha muerto”.

Y CUANDO NACIÓ MI ALEGRÍA

Cuando nació mi Alegría, la llevé en mis brazos y subí a lo alto de la casa para gritar:

—¡Venid, vecinos míos, venid y contemplad, porque hoy ha nacido mi Alegría! ¡Venid pues y contemplad esta alegre cosa que ríe al sol!

Pero ninguno de mis vecinos vino a ver mi Alegría, y fue grande mi desencanto.

Y todos los días durante siete lunas proclamé mi Alegría desde lo alto de mi casa, y nadie me escuchó. Y mi Alegría y yo nos quedamos solos sin que nadie nos buscara o nos visitara.

Mi Alegría fue empalideciendo y fatigándose, porque ningún otro corazón sino el mío admiraba su belleza, y ningunos otros labios sino los míos besaban sus labios.

Después mi Alegría se murió de soledad.

Y ahora tan sólo recuerdo mi muerta Alegría cuando recuerdo mi Tristeza muerta. Pero el recuerdo es una hoja de otoño que murmura por un instante al viento, y luego ya no se la escucha más.

EL MUNDO PERFECTO

Dios de las almas perdidas, tú, que estás perdido entre los dioses, escúchame.

Dulce Destino, que velas por nosotros, espíritus locos, errantes, oídme.

Vivo en medio de una raza perfecta, yo, el más imperfecto. Yo, un caos humano, nebulosa de elementos confusos, me muevo entre mundos acabados, entre pueblos de códigos ejemplares y orden perfecto, cuyos pensamientos son precisos y cuyas visiones son coherentes y están debidamente certificadas.

Sus virtudes, oh Dios, están medidas, sus pecados son pesados, y hasta las innumerables cosas que pasan por la oscuridad del crepúsculo, y que no son ni virtud ni pecado, son registradas y catalogadas. Aquí los días y las noches se

dividen y determinan la conducta y están gobernados por normas de impecable precisión.

Comer, beber, dormir, cubrir la propia desnudez, y luego, sentirse cansado a su debido tiempo.

Trabajar, divertirse, cantar, bailar y luego, acostarse cuando el reloj marque la hora.

Pensar de cierta manera, sentir de cierta manera, y luego, dejar de pensar y sentir cuando cierto astro asoma el horizonte.

Robar al vecino con una sonrisa, ofrecer regalos con un gracioso ademán de mano, elogiar con mesura, censurar con cautela, destruir un alma con una palabra, quemar un cuerpo con su aliento, y luego, lavarse las manos cuando ha terminado el trabajo del día.

Amar según un orden establecido, divertirse de modo ya fijado, adorar a los dioses decorosamente, inquietar a los demonios con la prudencia, y luego, olvidar todo, como si la memoria estuviera muerta.

Fantasear con una idea, contemplar con consideración, ser feliz sin estridencia, sufrir con nobleza, y luego, vaciar la copa para que pueda volver a llenarse mañana.

Todas estas cosas, oh Dios, se conciben con premeditación, nacen de la determinación, se nutren con la exactitud, se gobiernan con reglas, se dirigen por la razón, para ser, luego, asesinadas y sepultadas según un método ya prescrito. Y aun sus silenciosas tumbas, que yacen dentro del alma humana, están marcadas y numeradas.

Es un mundo perfecto, un mundo de consumada excelencia, un mundo de supremas maravillas, el fruto más maduro del jardín de dios, el más alto pensamiento del Universo.

Pero ¿por qué he de estar aquí, oh Dios, yo, una semilla verde de pasiones insatisfechas, una loca tempestad que no se dirige ni al Oriente ni al Occidente, un fragmento errante de un planeta en llamas?

¿Por qué estoy aquí, oh Dios de las almas perdidas, tú que estás perdido entre los dioses?

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es